



La Lectura Popular

AÑO XIX

Orihuela 1 de Abril 1900.

Núm. 399

HABLEMOS CLARO

¡Verdad, lector, que si yo encabezase estas líneas diciendo, por ejemplo: *Passio Domini nostri Jesu Christi secundum Mattheum*, doblarías la hoja, y pasarías adelante.

Pues por eso no lo hago.

No te ofendas; pero, francamente, en esto de las lecturas, me acuerdo mucho de lo que le pasó una vez á cierto amigo mio, gran tocador de flauta. Había sido invitado á una reunion donde querian tener el gusto de oír sus habilidades. El hombre tenía sus pretensiones, porque se había pasado *trinando* la mitad de su vida para llegar al pináculo del arte; así es, que lleno de satisfaccion al verse solicitado, accedió gustoso y, llegada la hora se presentó flauta en mano dispuesto á recoger aplausos.

El dueño de la casa, rico comerciante en tapiocas, recibió á mi amigo con los brazos abiertos, dióle gracias por su amabilidad y le rogó empezase pronto, porque, como buen negociante, no gustaba de perder el tiempo.

Armado el instrumento, sacó mi amigo un rollo de papeles de música casi celestial, y, eligiendo unas variaciones dificísimas, empezó á soplar como un desesperado llenando el espacio de escalas, notas y gorgoros.

Cuando terminó, tenía la lengua fuera. El pobre estaba algo obeso, y el trabajo era pesado.

—¡Cuanto siento que se fatigue usted tanto!, le dijo el señor de las tapiocas.— Descanse usted, hombre, descanse usted; porque quiero que enseguida nos toque usted algo bueno.

—¿Y que es lo bueno? preguntó mi pobre amigo, sintiendo caérsele todos los palos del sombrero.

—¡Hombre! algo bueno, quiere decir unas malagueñas, la jota aragonesa, ó cualquier otra friolera por el estilo.

No hay necesidad de decir como se *leedla* mi amigo. Tomó el sombrero, lanzó al comerciante una mirada de tigre en ayunas, y salió escapado como una centella.

Pues bien, querido lector; no me hagas á mi tambien tomar el sombrero, ó mejor dicho, dejar la pluma, y hacer contigo lo demás que hizo mi amigo el flautista.

Estamos casi en Semana Santa.

Pedir en estos días frivolidades periodísticas, es discurrir poco más ó menos como el comerciante de tapiocas.

Dejemos ahora nuestras ligerezas, y leamos la *Pasion de Cristo*; historia siempre antigua y siempre nueva, que jamás puede leerse sin sentir humedos los ojos y enternecido el corazón.

Cristo murió por nosotros.

Para hoy no tengo otra historia que la historia de su muerte.

Leedla, y leedla una vez y ciento. ¡Ojalá no se cayese jamás de nuestras manos! Bien pronto sentiríamos los efectos en vuestro corazón.

Vosotros, los que buscáis el secreto de transformar la sociedad y hacer feliz al pueblo; al final de los cuatro evangelios, hallareis lo que buscáis.

No dudadlo. ¿Sabeis de donde proceden las mayores desdichas de las llamadas clases desheredadas? Del olvido en que intencionadamente las habeis sumido respecto á la vida y muerte del hijo de Dios.

No lo digo yo; lo dicen otros menos sospechosos que yo: lo dice el cronista de *La Liberté de Paris*, amigo vuestro, refiriéndose á una novela en que Zola hace constar el estado de bestialidad á que han llegado los obreros de los grandes talleres, donde puede ya contemplarse al hombre convertido en bruto, inmoral é impio hasta la obscenidad, amenazador, desesperado, ansioso de goces, y sujeto al trabajo por mera necesidad como por una cadena que desea romper para lanzarse sobre la sociedad y devorarla.

Los personajes de Zola, dice el cronista, piensan como nuestros hombres po-

cos que combaten la enseñanza religiosa: de aquí su desgracia.

En este mundo todo es mentira, y no hay nada más allá de la muerte. Esta es nueva doctrina que se les ha enseñado, y esta es su perdicion.

Antes, el obrero miraba á su alrededor, y consideraba sus sufrimientos bajo otro aspecto.

La pobreza era muchas veces para el pobre, (si se conservaba honrado y virtuoso) motivo de consuelo, de esperanza y hasta de dulce bienestar.

Recordaba á un S. Honorio poniendo el pan en el horno; á un S. Crispin tirando de la aguja; á S. Crispiniano midiendo el cuero; á S. Eloy forjando sobre el yunque; á S. José esposo de la Virgen María y descendiente de reyes como ella, desbastando la madera para ganar el pan.

Y, sobre todo, veía al gran modelo, al Divino Modelo, al maestro sublime que enseñó al hombre á trabajar y á sufrir, empezando por trabajar y sufrir él mismo que era Dios.

El sufrimiento es el patrimonio de la humanidad; es su carga, su castigo; es un dolor inherente á su naturaleza desquiciada, un misterio que solo ha podido descifrarlo el Verbo Encarnado, padeciendo y muriendo por nosotros.

Y no solo ha descifrado ese misterio de dolor, sino que nos ha descubierto su único remedio.

—¿Cuál?

La abnegacion propia; el sacrificio voluntario.

¡Sacrificio! He aquí la clave de todos los progresos de la humanidad. He aquí la fórmula que el hombre hallará siempre escrita en la última página del gran libro, del libro de la sabiduria.

Cristo padeció, murió y resucitó.

Fué un testo vivo, escrito con sangre para que no fuese olvidado.

Fué una leccion sublime que salvó al mundo.

Nos demostró que el origen del mal es el pecado; nos animó á sufrir el castigo

sufriéndole él mismo sin merecerlo por redimirnos y alentarnos; y, por último, nos consoló profetizándonos el fin seguro de nuestras penas si le seguimos por el camino de la abnegación.

¡Oh, Maestro, que padeces para enseñar, muéres para salvar y resucitas para consolar! ¡Bendito seas! Bien claramente se comprende por qué los hombres y los pueblos cuando se apartan de tí no saben ya ni esperar ni sufrir; y por consiguiente, tampoco saben vivir, puesto que la vida tiene por base el sufrir y el esperar.

¡Pobre pueblo! Los hijos de la mentira han querido que olvidases estas cosas.

¡Ay de tí, si las olvidas!

Jamás hallarás en todos sus pomposos libros y periódicos, escritos para seducirte y explotarte, una sola palabra de esperanza ó de consuelo.

No la hallarás, porque en ellos no hay ni una palabra de verdad.

Sí; ciencia moderna, racionalismo pomposo y cacareado; no eres más que una vieja meretriz vestida de moda, para seducir incautos.

Te conozco. Cuanto dices y enseñas es mentira, pura farsa.

En sesenta siglos aun no has sabido decirnos ni por qué sufrimos, ni cuando desansaremos.

Tu enseñanza es la desesperación, porque no tienes para nosotros más que dos palabras repugnantes: *fatalidad, y muerte*, y después nada.

Mi maestro Divino me ha enseñado otras dos más racionales y dignas de mí, que soy una inteligencia que raciocina, un corazón que ama, un alma que espera.

Esas palabras son: *expiación y justicia*; después *amor* por toda una eternidad.

Esto me explica á Dios, y me prueba que es mi padre.

Esto explica mi existencia, que no se contenta con menos que con llegar á ser hijo suyo.

Esto explica mis ansias por conseguir una cosa que no es nada de lo que veo.

En fin, esto me lo explica todo; y al explicármelo todo, derrama sobre mi corazón cansado el bálsamo de la vida, el único capaz de calmar nuestros dolores.

¡Oh! Pasion de Cristo, vida de Cristo, muerte de Cristo, resurrección de Cristo! en tí está todo. Tú eres el eje de la vida; tú eres el nervio de la verdadera, de la única, de la posible civilización.

ADOLFO CLAVARANA

Ruego á mis queridos lectores que lean lo que sigue: No teman el castigo; léanlo despacio, que ya recogerán el fruto,

Pasion de Nuestro Señor Jesucristo

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos:

Sabeis que de aquí á dos días será la Pascua, y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado.

Entonces se juntaron los príncipes de los sacerdotes, y los magistrados del pueblo en el atrio del príncipe de los sacerdotes, que se llamaba Caifás, y tuvieron consejo para prender á Jesús con engaño, y hacerle morir. Mas decían: No en el día de la fiesta, porque acaso no sucediese alboroto en el pueblo.

Y estando Jesús en Bethan'a en casa de Simon el leproso, se llegó á él una mujer que traía un vaso de alabastro de unguento precioso, y lo derramó sobre la cabeza de él, estando recostado á la mesa. Y cuando lo vieron sus discípulos, es indignaron diciendo: ¿A qué fin este desperdicio? ¿porque podía esto venderse en mucho precio, y darse á los pobres. Lo cual entendiendo Jesús les dijo: ¿Por qué molestais á esa mujer, y reprobaís lo que hace, siendo buena como es la obra que ha hecho conmigo? Pues á los pobres los teneis siempre á mano; mas á mí no me teneis siempre. Y derramando ella sobre mi cuerpo este bálsamo, lo ha hecho como para disponer de antemano mi sepultura. En verdad os digo, que do quiera que se predique el Evangelio, que lo será en todo el mundo, se celebrará también en memoria suya lo que acaba de hacer.

Entonces Judas Iscariote, uno de los doce, fué á verse con los príncipes de los sacerdotes, y les dijo: ¿Qué queréis darme, y yo le pondré en vuestras manos? Y se convinieron con él en treinta monedas de plata. Y desde entonces andaba buscando coyuntura favorable para hacer la traición.

Cerca el primer día de los ácidos, acudieron los discípulos á Jesús, y le preguntaron: ¿Dónde quieres que te dispongamos la cena de la Pascua?

Jesús les respondió: Id á la ciudad en casa de tal persona, y dadle este recado: El Maestro dice: Mi tiempo se acerca: voy á celebrar en tu casa la Pascua con mis discípulos.

Hicieron pues los discípulos lo que Jesús ordenó, y prepararon lo necesario para la Pascua.

Puesto ya el sol, púsose á la mesa con sus doce discípulos, y estando ya comiendo, dijo: En verdad os digo que uno de vosotros me hará traición. Y ellos afligidos sobremedera, empezaron cada uno de por sí á preguntar: ¡Señor! ¿soy á caso yo? y él en respuesta dijo: El que mete conmigo la mano en el plato para mojar el pan, ese es el traidor. En cuanto al Hijo del hombre, él se marcha, conforme está escrito de él; pero ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo

del hombre será entregado; mejor le fuera al tal no hubiese jamás nacido! Y tomando la palabra Judas, que era el que le entregaba, dijo: ¿Soy quizá yo, Maestro? Y respondióle Jesús: tú lo has dicho.

Mientras estaban cenando, tomó Jesús el pan, y lo bendijo y partió, y dióselo á sus discípulos diciendo: Tomad y comed: este es mi cuerpo. Y tomando el cáliz dió gracias, le bendijo y dióselo, diciendo: Bebed todos de él, porque esta es mi sangre, que será el sello del nuevo testamento, la cual será derramada por muchos para remisión de los pecados. Y os declaro que no beberé ya más desde ahora de este fruto de la vida, hasta el día en que beba con vosotros del nuevo cáliz de delicias en el reino de mi Padre.

Y dicho el himno de acción de gracias, salieron hacia el monte de los Olivos.

Entonces les dijo Jesús: Todos vosotros padecereis escándalo por ocasión de mí esta noche, y me abandonareis. Por cuanto está escrito: Heriré al pastor, y se descarriarán las ovejas del rebaño. Mas en resucitando yo iré delante de vosotros á Galilea, donde volveré á reunirlos.

Pedro respondiendo, le dijo: Aun cuando todos se escandalizaren por tu causa, nunca jamás me escandalizaré yo ni te abandonaré.

Replicole Jesús: Pues yo te aseguro con toda la verdad, que esta misma noche, antes que cante el gallo, has de renegar de mí tres veces.

A lo que dijo Pedro: Aunque me sea forzoso el morir contigo, yo no te negaré.

Eso mismo protestaron todos los discípulos.

Entretanto llegó Jesús con ellos á una granja llamada la Getsemaní, y les dijo: Sentaos aquí mientras yo voy más allá, y hago oración. Y llevándose consigo á Pedro y á los dos hijos del Zebedeo, Santiago y Juan, empezó á entristecerse y angustiarse. Y les dijo: Mi alma siente angustias mortales: aguardad aquí, y velad conmigo.

Y adelantándose algunos pasos se postró en tierra, caído sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mio, si es posible no me hagas beber este cáliz; pero no obstante no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú. Volvió después á sus discípulos, y los halló durmiendo; y dijo á Pedro:

¿Es posible que no hayais podido velar una hora con migo? Velad y orad para no caer en la tentación. Que si bien el espíritu está pronto, la carne es flaca.

Volvióse de nuevo por segunda vez, y oró diciendo: Padre mio, si no puede pasar este cáliz sin que yo le beba, hágase tu voluntad.

Dió después otra vuelta, y encontrólos dormidos, porque sus ojos estaban cargados de sueño. Y dejándolos, se retiró aun á orar por tercera vez, repitiendo las mismas palabras.

En seguida volvió á sus discípulos, y les dijo: Dormid ahora y descansad; he aquí que llegó ya la hora, y el Hijo del hombre

va luego á ser entregado en manos de los pecadores.

En, levantaos, vamos *de aquí*: ya llega aquel que me ha de entregar.

Aun no había acabado de decir esto, cuando llegó Judas, uno de los doce, seguido de gran multitud de gentes armadas con espadas y con palos, que venian enviadas por los príncipes de los sacerdotes y de los ancianos ó *senadores* del pueblo.

El traidor les había dado esta seña: Aquel á quien yo besare, ese es, asegúradlo.

Arrimándose pues luego á Jesús, dijo: Dios te guarde, Maestro; y le besó.

Dijole Jesús: Oh amigo, ¿á qué has venido aquí?

Llegáronse entonces los demás, y echaron la mano á Jesús y le prendieron.

Y hé aquí que uno de los que estaban con Jesús, tirando de la espada, hirió á un criado del príncipe de los sacerdotes, cortándole una oreja.

Entonces Jesús le dijo: Vuelve tu espada á la vaina, porque todos los que se sirvieren de la espada *por su propia autoridad*, á espada morirán. ¿Piensas que no puedo acudir á mi Padre, y que no pondría en el momento á mi disposición más de doce legiones de ángeles? Mas ¿cómo se cumplirán las Escrituras, segun las cuales conviene que suceda así?

Entonces dijo Jesús á aquel tropel de gentes: Como contra un ladrón ó *asesino* habeis salido con espadas y con palos á prenderme: cada dia estaba sentado entre vosotros enseñando en el templo, y nunca me prendisteis. Verdad es que todo esto ha sucedido para que se cumplan las Escrituras de los profetas.

Entonces todos los discípulos abandonándole, se huyeron. Y los que prendieron á Jesús le condujeron á casa de Caifás, que era sumo pontífice *en aquel año*, donde los escribas y los ancianos estaban congregados.

Y Pedro le iba siguiendo de lejos hasta llegar al palacio del sumo pontífice.

Y habiendo entrado, se estaba sentado con los sirvientes para ver el paradero *de todo esto*.

Los príncipes pues de los sacerdotes y todo el concilio andaban buscando algun falso testimonio contra Jesús, para condenarle á muerte; y no le hallaban *suficiente para esto*: aunque muchos falsos testigos se hubiesen presentado.

Por último, aparecieron dos falsos testigos, y dijéron, Este dijo: Yo puedo destruir el templo de Dios y reedificarlo en tres dias. Entonces, poniendose en pié el sumo sacerdote, le dijo: ¿No respondes nada á lo que deponen estos contra tí?

Pero Jesus permanecía en silencio.

Y dijole el sumo sacerdote: Yo te conjuro de parte de Dios vivo, que nos digas si eres el Cristo ó *Mesias*, el Hijo de Dios.

Respondióle Jesús: Tú lo has dicho: *yo soy*, Y aun os declaro, que vereis despues

á este Hijo del hombre, *que tenéis delante*, sentado á la diestra de la majestad de Dios venir sobre las nubes del cielo.

A tal respuesta el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo: Blasfemado ha: ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? Vosotros mismos acabais de oír la blasfemia, *con que se hace Hijo de Dios*: ¿qué os parece?

A lo que respondieron ellos diciendo; Reos de muerte.

Luego empezaron á escupirle en la cara y á maltratarle á puñadas; y otros, *despues de haberle vendado los ojos*, le daban bofetadas, diciendo: Cristo, profetizanos, *adivina*, ¿quién es el que te ha herido?

Mientras tanto Pedro estaba sentado fuera en el atrio; y arrimándose á él una criada, le dijo: También tú andabas con Jesús el Galileo, Pero él lo negó en presencia de todos diciendo: Ya no sé de qué hablas. Y saliendo él al póstigo, le miró otra criada: y dijo á los que allí estaban: Este tambien se hallaba con Jesús Nazareno.

Y negó segunda vez, afirmando con juramento: No conozco tal hombre.

Poco despues se acercaron los circunstantes, y dijeron á Pedro: Seguramente eres tú tambien de ellos, porque tu misma habla *de galileo* te descubre.

Entonces empezó á echarse sobre si imprecaciones; y á jurar que no había conocido tal hombre. Y al momento cantó el gallo. Con lo que se acordó Pedro de la proposición que Jesús le había dicho: Antes de cantar el gallo, renegarás de mí tres veces. Y saliéndose fuera, lloró amargamente.

Venida la mañana, todos los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo tuvieron consejo contra Jesús, para hacerle morir. Y *declarándole reo de muerte*, le condujeron atado, y entregaron al presidente ó *governador*, Poncio Pilato. Entonces Judas, el que le había entregado, viendo á Jesús sentenciado, arrepentido de lo hecho, restituyó las treinta monedas de plata á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos, diciendo: Yo he pecado, pues he vendido la sangre inocente. A lo que dijeron ellos: A nosotros ¿qué nos importa? Allá te las hayas. Mas él, arrojando el dinero en el templo, se fué: y echándose un lazo, se ahorcó.

Pero los príncipes de los sacerdotes, recogidas las monedas, dijeron: No es lícito meterlas en el tesoro *del templo*, siendo como son precio de sangre; y habiéndolo tratado en consejo, compraron con ellas el campo de un alfarero para sepultura de los extranjeros. Por lo cual se llamó dicho campo *Hacéldama*, esto es, campo de sangre, y así se llama hoy dia. Con lo que vino á cumplirse lo que predijo el profeta Jeremías, que dice; Recibido han las treinta monedas de plata, precio del puesto en venta, segun que fué valuado por los hijos de Israel; y empleáronlas en la compra del campo de un alfarero, como me lo ordenó el Señor.

Fué pues Jesús presentado ante el presi-

dente, y el presidente le interrogó diciendo: ¿Eres tú el rey de los Judios? Respondióle Jesús: Tú lo dices: *lo soy*.

Y por más que le acusaban los príncipes de los sacerdotes y los ancianos, nada respondió. Por lo que Pilato le dijo: ¿No oyes de cuantas maneras te acusan? Pero él á nada contestó de cuanto le dijo; por manera que el presidente quedó en extremo maravillado.

Acostumbraba el presidente conceder por razon de la fiesta *de la Pascua* la libertad de un reo, á elección del pueblo: y teniendo á la sazón en la carcel á uno muy famoso, llamado Barrabás, preguntó Pilato á los que habían concurrido: ¿A quién quereis que os suelte, á Barrabás, ó á Jesús, que es llamado el Cristo ó *Mesias*?

Porque sabía bien que se lo habían entregado *los príncipes de los sacerdotes* por envidia. Y estando él sentado en su tribunal, le envió á decir su mujer. No te mezcles en las cosas de ese justo, porque son muchas las congojas que hoy he padecido en sueños por su causa.

Entretanto los príncipes de los sacerdotes y los ancianos indujeron al pueblo á que pidiese la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. Así es que preguntándoles el presidente *otra vez*, y diciendo: ¿A quién de los dos quereis que os suelte? respondieron ellos: á Barrabás.

Replicóles Pilato: ¿Pues qué he de hacer de Jesús, llamado el Cristo?

Dicen todos: Sea crucificado.

Y el presidente: Pero ¿qué mal ha hecho?

Mas ellos comenzaron á gutar más diciendo Sea crucificado. Con lo que viendo Pilato que nada adelantaba, antes bien que cada vez crecía el tumulto, mandando traer agua, se lavó las manos á vista del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo: allá os la veais vosotros.

A lo cual respondiendo todo el pueblo, dijo: Recaiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.

Entonces les soltó á Barrabás; y á Jesus, después de haberle hecho azotar, le entregó en sus manos para que fuese crucificado.

En seguida los soldados del presidente, cogiendo á Jesús, y poniéndole en el pórtico del pretorio ó *palacio de Pilato*, juntaron al rededor de él la cohorte ó *compañía* toda entera, y desnudándole, le cubrieron con un manto de grana; y entretegiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza, y una caña por *etro* en su mano derecha; y con la rodilla hincada en tierra le escarnecian diciendo: Dios te salve, rey de los judios. Y escupiéndole, tomaban la caña, y le herian en la cabeza.

Y despues que *así* se mofaron de él, le quitaron el manto; y habiéndole puesto otra vez sus propios vestidos, le sacaron á crucificar.

Al salir *de la ciudad* encontraron un hombre natural de Cyrene, llamado Simon, al

cual obligaron á que cargase con la cruz de Jesús. Y llegados al lugar que se llama Gólgota, esto es, lugar del calvario ó de las calaveras, allí le dieron á beber vino mezclado con hiél; mas él habiéndolo probado, no quiso beberlo.

Después que le hubieron crucificado, repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes. Con esto se cumplió la profecía que dice: Repartieron entre sí mis vestidos y, sortearon mi túnica.

Y sentándose junto á él le guardaban. Pusiéronle también sobre la cabeza estas palabras que denotaban la causa de su condenación: Este es Jesús el rey de los judíos. Al mismo tiempo fueron crucificados con él dos ladrones, uno á la diestra y otro á la siniestra. Y los que pasaban por allí le blasfemaban y escarnecían, meneando la cabeza, y diciendo: Hola, tú que derribas el templo de Dios y en tres días lo reedificas, sálvate á tí mismo; si eres el Hijo de Dios desciende de la cruz. De la misma manera también los príncipes de los sacerdotes, á una con los escribas y los ancianos, insultándolo, decían: A otros ha salvado, y no puede salvarse á sí mismo: si es el rey de Israel, baje ahora de la cruz, y creeremos en él. Él pone su confianza en Dios: pues si Dios le ama tanto, libréle ahora, ya que él mismo decía: Yo soy el Hijo de Dios. Y eso mismo le echaban en cara aun los ladrones que estaban crucificados en su compañía.

Mas desde la hora sexta hasta la hora de nona quedó toda la tierra cubierta de tinieblas. Y cerca de la hora nona exclamó Jesús con una gran voz diciendo: Eli, Eli, lamma sabacthani? esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? Lo que oyendo algunos de los circunstantes decían: A Elias llama este. Y luego corriendo uno de ellos, tomó una esponja, empapóla en vinagre, y puesta en la punta de una caña, dábasela á chupar.

Los otros decían: Dejad, veamos si viene Elias á librarle.

Entonces Jesús, clamando de nuevo con una voz grande y sonora entregó su espíritu. Y al momento el velo del templo se rasgó en dos partes de alto á abajo, y la tierra tembló, y se partieron las piedras y los sepulcros se abrieron, y los cuerpos de muchos santos, que habían muerto, resucitaron. Y saliendo de los sepulcros después de la resurrección de Jesús, vinieron á la ciudad santa, y se aparecieron á muchos.

Entretanto el centurion y los que con él estaban guardando á Jesús, visto el terremoto y las cosas que sucedían, se llenaron de grande temor, y decían. Verdaderamente que este hombre era Hijo de Dios.

Estaban también allí á lo lejos muchas mujeres, que habían seguido á Jesús desde Galilea para cuidar de su asistencia: de las cuales eran María Magdalena, y María Madre de Santiago y de José, y la madre de los hijos del Zebedeo.

Siendo ya...

rico, natural de Arimatea, llamado José, el cual era también discípulo de Jesús. Este se presentó á Pilato, y le pidió el cuerpo de Jesús, el cual mandó Pilato que se le entregase.

José pues, tomando el cuerpo de Jesús, envolviólo en una sábana limpia, y lo colocó en un sepulcro, que había hecho abrir en una peña, y no había servido todavía; y arrojando una gran piedra cerró la boca del sepulcro, y fuése.

Estaban allí María Magdalena y la otra María sentadas en frente del sepulcro.

Al día siguiente, que era el de después de la preparación del sábado ó el sábado mismo, acudieron juntos á Pilato los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, diciendo: Señor, nos hemos acordado que aquel impostor, estando todavía en vida, dijo: Después de los tres días resucitaré. Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercer día; porque no vayan quizá de noche sus discípulos y lo hurten, y digan á la plebe: Ha resucitado de entre los muertos; y sea el postrer engaño más pernicioso que el primero.

Respondióle Pilato: Ahí teneis la guardia, id, y ponéla como os parezca.

Con eso yendo allá aseguraron bien el sepulcro, sellando la piedra, y poniendo guardas de vista.

Mas en la tarde del sábado, al amanecer el primer día de la semana, vino María Magdalena, y la otra María á ver el sepulcro. Y había habido un grande terremoto. Porque un ángel del Señor descendió del cielo: y llegando revolvió la piedra, y se sentó sobre ella. Y su aspecto era como un relámpago: y su vestidura como la nieve. Y de temor de él se asombraron los guardas, y quedaron como muertos. Mas el ángel tomando la palabra, dijo á las mujeres: No tengais miedo vosotras: porque sé, que buscáis á Jesús, el que fué crucificado. No está aquí: porque ha resucitado, como dijo. Venid, y ved el lugar donde había sido puesto el Señor. E id luego, decid á sus discípulos que ha resucitado: y he aquí va delante de vosotros á Galilea: allí le vereis. He aquí os lo he avisado de antemano.

Y salieron al punto del sepulcro con miedo, y con gozo grande, y fueron corriendo á dar las nuevas á sus discípulos. Y he aquí Jesús les salió al encuentro, diciendo: Dios os guarde. Y ellas se llegaron á él, y abrazáronle sus pies, y le adoraron. Entonces les dijo Jesús: No temáis: Id, dad las nuevas á mis hermanos para que vayan á la Galilea, allí me verán. Y mientras ellas iban, he aquí algunos de los guardas fueron á la ciudad, y dieron aviso á los príncipes de los sacerdotes de todo lo que había pasado.

Y habiéndose juntado con los ancianos, y tomando consejo, dieron una grande suma de dinero á los soldados, diciendo: Decid, que vinieron de noche sus discípulos y lo hurtaron mientras que nosotros estábamos durmiendo. Y si llegare este á oídos

del presidente, nosotros se lo haremos creer, y miraremos por vuestra seguridad.

Y ellos tomando el dinero, lo hicieron conforme habían sido instruidos. Y esta voz, que se divulgó entre los Judíos, dura hasta hoy día. Y los once discípulos se fueron á la Galilea al monte, á donde Jesús les había mandado.

Y cuando lo vieron le adoraron: más algunos dudaron. Y llegando Jesús les habló, diciéndole: Se me ha dado toda potestad en el cielo, y en la tierra. Id pues, y enseñad á todas las gentes: bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: En señalando á observar todas las cosas que os he mandado. Y mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta a consumación del siglo.

BIBLIOGRAFIA

INTERVENCION DE LA MASONERIA EN LOS DESASTRES DE ESPAÑA por Don Manuel Polo y Peyrolón; con una lista de las logias masónicas españolas, por D. Mariano Fortuny miembro del comité nacional de la Unión Anti-masónica. Con aprobación eclesiástica.—Precio una peseta.—Los pedidos al autor, Juristas, 9. Valencia.

LA DECENTRALIZACION Y EL REGIONALISMO, apuntes de actualidad por Antonio Royo Vicianova, Catedrático de la Universidad de Valladolid y exprofesor de la de Zaragoza, con un prólogo de Joaquín Costa. Precio 1'50 pts. Los pedidos al autor.

HOJAS PLADOSAS aprobadas por la autoridad eclesiástica y destinadas á repartirse en las Iglesias. Núm. 1 Las Flores de Mayo. Núm. 2, Cinco vitas de desagravio al Sagrado Corazón de Jesús. Núm. 3, Las ánimas de Purgatorio. Núm. 4, La inmaculada Concepción. Núm. 5, Los ejercicios espirituales. Núm. 6, La devoción á S. José. Núm. 7, San Ignacio de Loyola. Véndense á 1 peseta el ciento. Por cada millar se dan cien hojas gratis. Los pedidos con su importe y franqueo (10 céntimos por centenar de hojas.) á D. J. Thomas, Talleres de reproducciones artísticas, calle de Mallorca núm. 375.—Barcelona.

NUEVA SEMANA SANTA, texto en latín, en castellano tan solo las lecciones, epístolas, evangelios y pasión con un prefacio explicativo de las ceremonias y ritos sagrados de cada función. Segunda edición.—Precios: En tela 1'25 pesetas. En piel 1'50 id. En piel corte dorado 2'50 id. En chagrin con almohadilla, canto dorado 5 pesetas. Los pedidos á la Tipografía y Librería Salsiana.—Sarriá-Barcelona.

LA LECTURA POPULAR

Una acción. 4 pesetas mensuales
Media id. 2
Un cuarto id. 1
Un octavo id. 0'50

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también suscripción en Madrid en la administración de La Semana Católica, Bolsa 10, y en las demás agencias.

LA LECTURA POPULAR